

ESTO ES LO QUE HAY

José Antonio de la Rubia Guijarro

Francisco J. Fernández, *Lycófrón, Diario de clase*, Editorial Círculo Rojo, 2021, 182 pp.

Confieso que cuando vi la portada de *Lycófrón* y leí «Diario de clase» pensé que se trataría de otra muestra del género «el profesor en la trinchera». Hay una cierta literatura escrita por profesores que cuentan su experiencia docente y que normalmente se dedican a quejarse del sistema. A mí no me gusta que los profesores, especialmente los de secundaria, me cuenten su vida. Más que nada porque se parece demasiado a la mía y no quiero perder el tiempo leyendo algo que veo todos los días en vivo y en directo. Quizá quienes deberían enterarse de qué es lo que está pasando realmente en las aulas sean los políticos, opinión pública e intelectuales que han convertido a la educación en la última utopía progresista. Necesitan una buena ración de distopía.

Afortunadamente, el libro de Francisco José Fernández no es una colección de anécdotas escolares al uso (aunque aparece incluso una huelga estudiantil). El diario de clase lo escribe un alumno, Clitofonte, para llevar como trabajo de clase un registro de las lecciones de su algo enigmático y excéntrico profesor de Filosofía (a quien no cometeremos el error de identificar con el autor aunque ambos acudan a las reuniones de la *Quinta del Mochuelo* y sean maestros ajedrecistas; en cualquier caso se podría decir que el autor tiene con su personaje una relación socrático-platónica), además de unas reflexiones propias a escribir las cuales el propio profesor le anima. Lo del diario, aparte de para crear una cubierta muy original, sirve como recurso estilístico y para una cierta ordenación de los temas que se estudian. El grueso del libro se centra en el segundo

y tercer trimestre, dejando los meses de verano para un apéndice con citas y referencias más específicas. El primer trimestre al parecer se dedicó a la lógica pero de él no sabemos nada. El hecho de que se trate de clases de filosofía es una buena excusa para obligar a Francisco J. Fernández a ser claro. Y ser claro escribiendo un libro que es, básicamente, un libro de metafísica tiene su mérito. No sé de dónde habrá surgido el mito de que los profesores de filosofía somos oscuros y enrevesados. Un profesor que imparte incomprensibles lecciones magistrales no sobrevive en el ecosistema de una clase de secundaria contemporánea. La adaptación al alumnado, como nos insisten continuamente los burócratas que gobiernan la educación, es un elemental mecanismo evolutivo que en realidad lleva funcionando muchos años. Como nos han enseñado las ciencias sociales, el nivel intelectual de un grupo lo marca el elemento más bajo y, si queremos ser comprendidos por todos, debemos llegar hasta ese elemento. Y en cada clase siempre hay un idiota. Pero ser claro no significa dejar de ser erudito y señalar las fuentes que se usan, en estilo académico. Como dijimos antes, lo que hace nuestro autor es poner citas, bibliografía y demás información en un apéndice a manera de notas y así reservar la parte central del libro a exponer simplemente los problemas y los autores de mención ineludible como, por ejemplo, Aristóteles o la referencia constante en los libros de Francisco J. Fernández: Leibniz. El desconocido sofista, Lycofrón, aparece puntualmente de la mano de Aristóteles para hacer apostillas sugerentes pero no imprescindibles.

Estilos de filosofía. El azar ha querido que la publicación de estas líneas coincida con el inicio del seminario sobre *Ser y tiempo* del grupo de la AAFi de Granada liderado por Pedro Cerezo. Leyendo a Francisco J. Fernández y a Heidegger (quien, por cierto, también aparece bastante por *Lycofrón*, pág. 61 y ss.) se pueden contrastar dos estilos filosóficos. Ambos empiezan planteándose el problema del ser, el problema filosófico por antonomasia, pero mientras en Heidegger el texto es un obstáculo que hay que superar de la mano del especialista, en *Lycofrón* el texto es una ayuda para enfrentarse

al problema. La claridad de nuestro libro incluye la utilización de todo tipo de recursos y ejemplos en aras de la comprensión. Los ejemplos pueden ser Kant o Leibniz, las tablas de verdad de la lógica proposicional o los silogismos, claro que sí, pero también chistes, normas de tráfico, partidas de ajedrez, jotas navarras o boleros de Machín. Lo que demuestran esos ejemplos es que la filosofía está en la vida. Por ejemplo, el problema de la *ousía* (*sustancia, esencia, entidad* o, como diría nuestro añorado maestro Tomás Calvo: *lo que es*). Francisco J. Fernández empieza planteando el problema metafísico haciendo lo que no hace Heidegger pero sí hizo en su día Aristóteles: analizando el lenguaje. El lenguaje que usamos en la vida, que incluye el *existir*, el *haber*, el *ser/estar*, etc. Heidegger, por contra, se inventa un lenguaje nuevo como si fuera un activista «trans». El viejo fenomenólogo no habla nuestra lengua. En *Lycofrón* se nos explica de forma meridiana la metafísica de Aristóteles y, muy especialmente, su teoría de la sustancia, la distinción entre *ousía primera* y *segunda* o el problema de las categorías con chiste políticamente incorrecto incluido (pág. 30). Fue Aristóteles el primero que tomó conciencia de que utilizamos el lenguaje para hablar del mundo de muchas maneras y que es ahí donde están los problemas. Es probable que ese fuera también el pensamiento de Lycofrón, quien aparece como un ectoplasma para eliminar la cópula «es» cortando el problema por lo sano. Si no existieran el lenguaje y el mundo no existiría ningún problema metafísico. Y si no existiera el mundo sólo seríamos psicólogos.

Yo nunca olvidaré una clase de Tomás Calvo en la que nos explicó que, durante un congreso filosófico en Grecia, los filósofos se metieron en un autobús, salieron a la autopista y se dedicaron a visitar ruinas. Al parecer, una de las vehementes disputas dialécticas que se ventilaron en aquellas excursiones fue «¿qué es una autopista?». A los alumnos nos hizo mucha gracia imaginarnos a aquellos sabios discutiendo un problema que creíamos banal. Años después, mientras me sacaba tardíamente el carnet de conducir (igual que el profesor de nuestro libro) gastamos una tarde entera de autoescuela discutiendo el mismo problema, con el añadido de

que había que diferenciar entre autopistas y autovías. Efectivamente, estábamos hablando de esencias, pero ahí comprendí que la solución semántica platónica al problema de la esencia no era correcta. Conocer el significado de una esencia no es dar con una definición universal. Los significados se fijan en contextos. Por ejemplo, cuando mis hijos eran muy pequeños tenían prohibido abrir las ventanillas del coche cuando íbamos por la autovía. Pues bien, cual imitadores de filósofos, lo primero que hicieron fue preguntar qué era una autovía. Recibieron la respuesta «cuando veáis los carteles azules estamos en la autovía». No era el tipo de definición que hubiera gustado a Platón, pero funcionaba.

¿La habría aprobado Aristóteles? Cuando murió Freddie Mercury, sus compañeros de *Queen* organizaron un concierto homenaje donde actuaron muchos artistas. Los miembros supervivientes del grupo decidieron interpretar las canciones de *Queen* pero, obviamente, no tenían cantante (aunque ya había grabado el disco póstumo *Made in Heaven*). Así que invitaron a George Michael para que sustituyera al difunto Freddie. Pues bien, la actuación de George Michael cantando «Somebody to Love» fue tan memorable que se especuló con la posibilidad de que se incorporara como cantante al grupo (aquí la tienen: <https://www.youtube.com/watch?v=MxYbyvteG8A>). Pero inmediatamente, en los círculos de *fans* surgió este debate: ¿*Queen* seguiría siendo *Queen* sin Freddie Mercury? Ahí tienen a la *ousía*. George Michael es un individuo, *ousía* primera, indescriptible e incontable. Bajo la categoría *Queen* hubiera sido *ousía* segunda y lo podríamos contar con otros. Incluso aunque hubiera fichado por el grupo, George Michael sólo podría ser un predicado pero no la sustancia. ¿Ven ustedes? La metafísica surge de la vida y por tanto no hay que preguntarse si la pregunta por la pregunta es preguntable antes de preguntar, o cosas por el estilo.

No hay por qué buscar un plan en las clases del profesor, no sabemos realmente a dónde va. Probablemente él tampoco lo sabe. Cada clase es una especie de provocación para el pensamiento:

¿acaso no es eso la filosofía? Pero nuestro maestro no es un apologista pedante de la disciplina. No hay que fiarse tampoco de los filósofos, puede que la verdad se encuentre en *Romeo y Julieta*. Afortunadamente, Clitofonte es bastante listo, no es Glaucón, y las pilla al vuelo. No obstante, la nueva aparición del fantasma sofista impone al texto un giro, por así decir, pragmático. Lycofrón, como buen sofista, no cree en el lenguaje y piensa que las palabras son vacías. Tampoco cree en las leyes. De nuevo, un párrafo de Aristóteles nos indica este aspecto del pensamiento de Lycofrón que hasta mereció la atención de Karl Popper. Ahora toca conectar la ontología con la política (lo cual más adelante nos llevará a la controversia sobre la existencia o no de hechos negativos que tanto preocupó a Bertrand Russell). A propósito del episodio del Quijote en el que el hidalgo libera a los galeotes, un texto que los estudiantes de la clase tienen que memorizar, se desarrolla un debate sobre la relación entre la ley y la fuerza. Don Quijote tiene una visión negativa de la fuerza que se aplica sobre los galeotes y por eso los libera. Sancho Panza, por contra, identifica la fuerza con la legitimidad de la autoridad real. El episodio lleva a nuestro autor a un análisis de la función política de la violencia, cruzada con la idea de convencionalidad de las leyes que se manifiesta en episodios como el diseño de las fronteras. El análisis continúa con la aparición de la validez y vigencia de las leyes o su jerarquía, la diferencia entre ordenar y prohibir o los principios del derecho garantista así como la relación entre ética y derecho. En definitiva, se trata de buscar la fuente de la legitimidad (¿la nación? ¿Los ciudadanos?) y establecer cuál es el verdadero sentido del ámbito normativo. El profesor no parece encantado con la política ¿y quién lo está? Una de las acotaciones que realiza en el cuaderno de Clitofonte exhibe un tono melancólico, como el de todos los desencantos.

Clitofonte lo ha entendido todo, es decir, ha entendido que todo es un problema. El libro que nos ocupa no tiene una conclusión o, mejor dicho, tiene una conclusión negativa porque, al final, la negatividad de Lycofrón se ha extendido como un virus. Hagamos antifilosofía, dice el maestro, pero antifilosofía de la buena. El

cuaderno de Clitofonte ha crecido, sin duda el maestro está orgulloso de él. No será un sofista pero sí practicará el mismo escepticismo creativo de su maestro. «Esto es lo que hay» es la conclusión de su cuaderno. Una sentencia que, en lengua castellana, expresa desánimo pero sobre todo realismo. La ontología que nos faltaba.